



El Dios de mi abuelo

Stanislas creció en un hogar cristiano rico en cultura, fe y tradición. Era el segundo de ocho hermanos y sus primeros recuerdos están llenos de amor y de vida familiar. Sin embargo, la tragedia los golpeó cuando su padre murió en un accidente automovilístico. En ese momento, la madre de Stanislas estaba embarazada de su hermano menor. Incapaz de cuidar de los niños ella sola, los envió a vivir con sus abuelos.

Fue en la casa de sus abuelos donde Stanislas pudo presenciar por primera vez una profunda devoción espiritual. Cada mañana, se despertaba con el suave aroma de una vela encendida y veía a sus abuelos de rodillas orando. Su abuelo, un fiel obrero de la Iglesia, había dedicado su vida a servir a Dios.

Ya desde niño, Stanislas empezó a preguntarse: *Si Dios es bueno, ¿por qué alguien como mi abuelo, que tanto lo ama, sufre tan profundamente?* Esa duda silenciosa no haría sino aumentar en los años siguientes.

En su adolescencia, Stanislas se alejó mucho de sus raíces. Empezó a fumar, a beber y, finalmente, a robar. Lo que comenzó como pequeños actos de rebeldía lo llevó a un peligroso estilo de vida delictivo. Participó en robos, hurtos de automóviles y tráfico de drogas. La calle le enseñó otra regla: la de la supervivencia del más fuerte.

Una noche, todo cambió. Ebrio y al volante de un auto robado, Stanislas oyó de pronto una voz dentro de sí que le dijo: "¿Qué estás haciendo? ¿Es así como quieres que acabe tu vida?" Supo que no podía seguir viviendo así. A la mañana siguiente, decidió alejarse de la delincuencia y empezar de nuevo.

Regresó a su ciudad natal para rehacer su vida. No fue fácil, tardó un año y medio en

consolidar sus nuevos comienzos, pero estaba decidido a lograrlo. A los dieciocho se alistó en el ejército, donde completó su formación y luego encontró un trabajo estable. Más adelante conoció a una mujer y empezaron una vida juntos. Tuvieron dos hijos y todo fue bien durante un tiempo, hasta que las viejas heridas y el dolor no resuelto empezaron a aflorar, creando tensiones en su relación. Finalmente, la pareja se separó.

Poco después, el padre de ella lo llamó para pedirle que le diera otra oportunidad. Él aceptó, sin saber qué esperar. Su pareja había crecido en una familia adventista. Aunque ella llevaba tiempo alejada de la iglesia, seguía leyendo la Biblia todos los días. Un día, le dijo a Stanislas:

—Quiero volver a la iglesia.

—¿Por qué no? —le respondió él—. Ya he probado todo lo demás, quizás sea hora de probar con Jesús.

Ella empezó a ir a una iglesia los sábados, mientras que él empezó a ir a otra iglesia los domingos. A veces, ella iba con él, pero él nunca la acompañaba a ella. Aun así, se dio cuenta de que algo había cambiado. Su pareja estaba más tranquila y feliz; tenía una paz que él no podía explicar. Un día le preguntó:

—¿Por qué pasas el sábado entero en la iglesia? A mi iglesia solo vamos un par de horas.

—Ven conmigo y lo entenderás —le respondió ella, sonriendo.

Él aceptó y aquel primer sábado fue un punto de inflexión en su vida. La predicación le llegó al corazón de una forma totalmente inesperada. Aún no entendía del todo a Je-

Cápsula informativa

- La lengua oficial de Nueva Caledonia es el francés, aunque se reconocen más de 35 lenguas autóctonas.
- La moneda del país es el franco CFP.
- Los primeros habitantes conocidos de Nueva Caledonia fueron los lapita, por el siglo XVI a. C., seguidos de los polinesios en el siglo XI a. C.
- El explorador británico James Cook le puso a la isla ese nombre porque le recordaba a Escocia. "Caledonia" era el nombre en latín de las Tierras Altas Escocesas.
- Cuando llegaron los primeros misioneros cristianos en la década de 1840, el canibalismo estaba muy extendido por ese territorio.
- En 1853, Francia colonizó Nueva Caledonia, que sirvió de colonia penal entre 1864 y 1897. Fueron trasladados allí unos 22.000 prisioneros.

sús, pero algo se agitó en su interior. El pastor lo invitó a dar estudios bíblicos y Stanislas aceptó.

Al abrir la Biblia, empezó a encontrar respuestas a preguntas que lo habían atormentado desde la infancia. La imagen que tenía de Dios, dañada por la duda, fue sanando poco a poco. Se dio cuenta de que la misma voz que había oído años antes, en aquel auto robado, le hablaba de nuevo, esta vez a través de las Escrituras.

Una noche, después de un estudio bíblico, se volvió hacia su compañera y le dijo: "Creo que ahora tengo fe. Por fin entiendo lo que significa creer". Poco después, se casaron y se bautizaron juntos.

Dos años después, Stanislas se matriculó en la Universidad Adventista de Fiyi, donde se graduó de Teología. Hoy es pastor en Nueva Caledonia, la misma isla donde comenzó todo. Pero ahora sirve al Dios de su abuelo, no por tradición, sino por convicción, por amor y porque tiene una relación personal con Cristo.

Su ofrenda del decimotercer sábado tendrá un impacto eterno en la vida de personas como el pastor Stanislas Weneguei. Ayudará a establecer un centro de influencia en Wallis, para que la Iglesia Adventista pueda tender puentes de entendimiento y amistad con la gente del territorio de la Misión de Nueva Caledonia.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.